





LA SEMANA

Ha sido la semana de los grandes triunfos oratorios del Sr. Maura, que nos ha resultado un nuevo Cicerón, un Mirabeau redivivo, un Alcalá Galiano mejorado, un Castelar elevado al cubo, un Cánovas perfeccionado hasta lo sumo. ¡Pío, felice, triunfador Maura! ¡Ya no hay quien nos tosa contando con un orador de su talla! ¡Vivan los hombres elocuentes y despampanantes! Con un orador como Maura ¿qué nos falta ya para ser felices? Porque no es menester decir que un buen orador es, *ipso facto*, un gran gobernante, un gran estadista, un gran republicano, un gran administrador. No se envanezcan, pues, los italianos con su Zacconi y su Novelli; aquí tenemos a Maura, que les da quince y raya en las representaciones del Congreso.

La minoría republicana, —treinta y cinco bocas, —bate el cobre que mal año para los famosos *Cinco* del Cuerpo Legislativo bajo Napolón III. ¡Aquello es un Sinaí! ¡una *Montaña*! ¡Qué de tremendas tempestades, furiosos apóstrofes, tremendas amenazas, apocalípticas frases y varoniles discursos! Así es como se traen las repúblicas, caballeros! Todo aquello de gastarse 700 ó 1000 millones en construir la escuadra de Sánchez de Toca se ha convertido en agua de borrajas. La minoría republicana ha declarado que no se opondrá al proyecto, pero ¡guay del gobierno! porque sobre él declinarán el Sr. Salmerón y sus correligionarios de las Cortes todas las responsabilidades de lo que pueda ocurrir.

¡Buen rugido, león!

Se ha estrenado en el Tivoli *La Devoción de la Cruz*. La parte musical es admirable en cuanto á composición, instrumentación y armonía, pero no respecto á las melodías, de que casi carece. El arreglo, bastante desgraciado. El público apreció todo el valor de la obra de Morera como técnico, y aplaudió varios números, especialmente un duo y el final, dignos de un músico de primera talla.

Al día siguiente se estrenaba en Eldorado *Mariucha* de D. Benito Pérez Galdós. La obra fué aplaudidísima, pero... hay que ver lo que pasará en las representaciones sucesivas. Como otras dramáticas del mismo insigne escritor, es una comedia de tesis; el asunto lo ha tratado repetidamente, desde otro punto de vista, ¿quién dirían ustedes? ¡Ibsen, Bjornson, Suderman, Hauptmann, Renard, Hervieu, Curel, Rovetta? No sino ¡Jorge Ohnet! Una familia aristocrática y un menestral, solo que *Mariucha* se deja querer, y puede hacer lo que mejor le parezca, á cuyo efecto el autor nos la presenta ya mayor de edad. El diálogo resulta algo trabajoso y los caracteres no parecen muy ajustados á la realidad; pero había que demostrar la tesis, y por lo mismo hay que pasar por todo. Algunos recursos son bastante convencionales. Hay allí un niño gótico tronado que se casa con la viuda de un negro, lo cual enciende la sangre de *Mariucha*. Pero ¿ilega de Cuenca esa señorita? ¿Desde cuando acá la aristocracia tiene á menos casarse con negros y con negreras? Pues ¿qué fueron sino negros X, Y, H, W, Z, etc., etc.? Es un escrúpulo que no se compagina con la *Guía Oficial* ni con ciertas manifestaciones de la estatuaría.

Pero dejando eso á un lado y volviendo á *Mariucha*, puede desde ahora afirmarse que no alcanzará el éxito de *Electra* y será otra *Loca de la casa*, ó *La de San Quintín*.

A la hora en que escribimos estas líneas se asegura que el Papa se halla moribundo, pero ello es que de los partes facultativos se desprende que Su Santidad no ha tenido fiebre ningún día (36°, décimas), Asombra de todas maneras la resistencia del angusto anciano, en torno de cuyo lecho se agitan toda suerte de pasiones.

Por fin acudieron al campo del honor los señores Blasco Ibañez y Soriano; ocurriendo, como era de temer, una desgracia: la cesantía de dos guardias de orden público.

ARGOS

LA BELLEZA

Solo á un poeta tan retórico y falto de sinceridad como D. Manuel José Quintana podía ocurrírsele decir aquello de:

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

No, por todas las musas del castallo coro y por el *dios pimpleo*. La verdaderamente infeliz es la que nace fea, aunque tenga millones.

Afirmar, como hizo Renan, que «la belleza es una virtud» no pasa de ser una herejía, pero que nunca estorba no es menester probarlo.

Lo que hay es que es tan difícil definir la belleza como dar con la cuadratura del círculo; y así han estado divagando á más y mejor desde los más remotos tiempos hasta nuestros días los filósofos, los metafísicos y los catedráticos de *Estética*.

La belleza no se define, se siente; es una impresión, no una descripción.

Es una cualidad contingente, relativa, circunstancial, variable, según los tiempos, según las razas, según las modas, según los prejuicios.

Basta para convencerse de ello recorrer nuestros museos; allí figuran retratos de mujeres reputadas en pasados siglos como dechados de hermosura y que, sin embargo, hoy en día resultan absolutamente chocantes. ¡Quién sabe lo que nos parecerían hoy Cleopatra ó Imperia si resucitasen!



que tenía una cabeza siglo XVIII. Y así es fácil encontrar mujeres góticas, ó del Renacimiento; caras bizantinas y aposturas rubenescas; expresiones involuntariamente parecidas á las de las santas



Es fácil además convencerse de que la belleza, como todo lo del Universo, está sujeto á la ley de la evolución. Entre nuestra madre Eva y la *professional beauty* de Londres media un abismo; y aun sin tomar las cosas desde tanta distancia, las bellezas del siglo XVII, por ejemplo, tienen poco de común con las actuales.

Hay que decir ahora que también en ese concepto, al parecer eminentemente filosófico, entra por mucho el convencionalismo. Según en que épocas se proclama como dechado de belleza el tipo tal ó cual, y á ese tipo deben ajustarse los demás para pasar plaza de bellos. Unas veces será una Pompadour ó una Dubarry, otras una Mme. Tallien, otras una condesa de Cayla, una emperatriz Eugenia ó una Sarah Bernhardt.

En España, y más particularmente en Madrid, han tenido sus épocas diversas hermosuras, á cuyos cánones procuraban adaptarse todas las demás, predominando todavía la *belleza flamenca*, á falta sin duda de otras de más ilustre condición.

Una observación que cualquiera podrá comprobar es que existen por decirlo así varias clases de belleza: esculturales, pictóricas, lineales, de tal manera que es imposible desasociar la idea de tal ó cual tipo del de una estatua, del de un retrato ó del de un dibujo. Asimismo es fácil reconocer tipos que podríamos llamar supervivientes. Una conocida escritora, por ejemplo, ha escrito que los Goncourt la dijeron



místicas ó bien á la de los fríos modelos de David; en este sentido, toda multitud constituye un verdadero museo.

Pero, dejando esto aparte, preciso es reconocer que existe siempre un tipo dominante, un tipo-patrón de la época, transitorio como ella y expuesto á no ser reconocido como tal tipo de belleza una vez desaparecidas las circunstancias que lo determinaron. ¿Quién ya se preocupa hoy de parecer á la emperatriz Eugenia ó de *se faire une tête* á la Sarah Bernhardt?

Todo lo cual demuestra lo imposible que es definir la susodicha cualidad, por más que se empeñen todos los catedráticos de Estética, y cito especialmente á estos porque son los que, dado el cargo que desempeñan, son los que deben creer en la posibilidad de la tal definición.

Dice uno: «La belleza es la armonía viviente, es decir, el conjunto uniforme y armónico de perfecciones entre las partes que constituyen un todo». Con lo cual quedamos enterados. Y dice otro: «La belleza es la propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual». Esto es definir por decir algo, pero no en consonancia con la realidad. Hay bellezas sin armonía alguna, como las hay que no infunden ningún deleite espiritual, sino que puede darse el caso de que inquieten, como la *Jocunda*, ó de que reconociéndose plenamente que no existe semejante belleza, se experimente, sin embargo, el deleite espiritual susodicho. Lo cual explican los franceses con la frase de la *beauté du diable*.

Tan difícil de explicar es *él porque* una cosa es bella que se registran en la historia celeberrimas pasiones engendradas por mujeres que, de común asenso, no tenían nada de hermosas. Una de estas era, según dicen, la famosa *Teresa* de Espronceda, y no parece que tuviera tampoco mucho de la *Venus* de Médici; la señora que fué causa del suicidio de *Figaro*. Y sin embargo, nadie será capaz de sostener que ni Espronceda ni Larra careciesen de buen gusto.

Entran sin duda en los factores de la emoción que produce la obra bella algo que pertenece á algún sentido desconocido hasta ahora, pues sabido es que así como existen colores que no vemos, también podemos *ver* cosas que no sabemos explicar.

De todas maneras la cuestión de la definición importa poco, pues todos entienden de lo que se trata al pronunciar la palabra *Belleza*.

Podríamos, pues, decir, que no hay cosa más sujeta á interpretaciones que esta de que hablamos, por lo cual vale más no insistir en querer trazar reglas absolutas, ni establecer cánones.

También se puede asegurar que los efectos directamente producidos por la belleza se suplen á veces con otras cualidades. Sócrates, por ejemplo, lo mismo que Mirabeau, eran horriblemente feos, pero sin embargo, la alta inteligencia del uno y la elocuencia fascinadora del segundo hacían olvidar su fealdad, hasta hacerles parecer hermosos. Lo mismo puede decirse de la distinción, de la elegancia, del ingenio, de la alegría y sobre todo de la bondad.

LUIS DE VERA MELÁN

EL DELITO DEL JUEZ

Dos vecinos de Villajunquera, el día de difuntos, entraron en el cementerio de la población, con objeto de depositar una corona de siemprevivas sobre la tumba de su hermano, y, después de haberlo hecho, uno de los dos se detuvo frente á otro sepulcro y leyó la siguiente inscripción:

«Aquí yace D. Natalio Rebollo y Nogaleta, Juez de instrucción.—R. I. P.»

—Este fué,—añadió el vecino,—quien dejó impune al matador de nuestro hermano. En los mismos infiernos estará abrasándose su alma corrompida.

—¿Quién sabe!

—No, no puede haber misericordia divina para un hombre prevaricador que dejaba impunes á los delinquentes cuando eran poderosos y le sobornaban con el dinero ó con la influencia.

Aquella misma noche, el joven que había proferido las mencionadas palabras vió al juez D. Natalio, conducido por dos ángeles ante la presencia de Dios, que, como otro juez, omnipotente y justiciero, se disponía á escuchar y á juzgar el alma del pecador á quien sorprendió la muerte.

Uno de los ángeles, que hacía sin duda oficio de fiscal, acusó al juez de innumerables delitos de cohecho. Abrió un libro donde estaban detalladamente consignadas todas las prevaricaciones, infamias y trapacerías del juez, y fué dando lectura uno por uno á todos sus delitos, capaces de sublevar la conciencia menos escrupulosa.

Así que terminó la lectura, el juez D. Natalio se arrodilló á las plantas de Dios y habló de esta manera:

—Señor, es cierto cuanto ha leído el ángel, pero Tú sabes, mejor que yo las causas que me han impulsado y las circunstancias que me han impedido.

Yo era un juez honrado y pundonoroso; no porque en las Universidades ni en las Escuelas, ni en el hogar doméstico me enseñaran á serlo; puesto que en todas partes me decían que mi carrera no era

otra cosa que un medio de ganar dinero; sino porque yo sentía en mi conciencia la voz de la ley natural que es la repercusión de Tu espíritu dentro del hombre. ¡Santo y noble impulso que llevamos en el corazón hasta que lo oscurecen y amortiguan los que debieran hacerle más vivo y delicado!

De este modo seguí cumpliendo con mis deberes y siendo un juez modelo durante algunos años, hasta que recibí la herencia insignificante de cinco mil pesetas que me legó un hermano de mi padre.

Aquel puñado de monedas, que yo ni esperaba ni pedí, fueron la chispa que suscitó el incendio de mi personalidad, dejando ruinas y cenizas donde había

frondosidades y bellezas. Yo, Señor, nunca pensé en tener propiedades; mi alma era un nido donde no había otro calor que el del amor al bien y á la justicia; pero al llegar á mis manos aquel breve puñado



de monedas, comencé á perder el sueño, pensando en el destino que les daría, más provechoso para mis hijos y para mí.

Entonces quiso la desgracia que se vendieran, á bajo precio, diez fanegas de tierra del prado de la Hondonada, que es la más rica y fecunda de este término. Con mis cinco mil pesetas pude adquirir las diez fanegas, que en otras circunstancias hubieran costado más del doble, puesto que produce de renta cada fanega veinte duros al año. Por lo tanto coloqué mi dinero con grandes ventajas. Pero, desde aquel instante ya no pude vivir tranquilo un solo día. El amor á la tierra se apoderó de mí con ansias infinitas. Yo bajaba todas las tardes á ver el prado de la Hondonada y á discutir con el colono los cuidados ó las labores que habríamos de dar á la amada tierra.

Yo conocía todos sus árboles y asistía casi diariamente al interesante espectáculo de su crecimiento. Yo espiaba con ansia indecible el despuntar de su flor y el crecer de su fruto. Yo investigaba sin tregua el crecer de los tallos y el peso y el grandor de las espigas. Yo hacía cálculos á cada instante sobre la venta de los granos. No era la codicia quien me guiaba sino un extraño interés hacia mi tierra y un afán invencible de buen éxito. Y con todas estas cosas yo tenía el alma puesta en el campo y todas mis esperanzas en sus frutos.

En tales circunstancias cometí, Señor, mi primer delito. El hijo del cacique del pueblo mató el día de las elecciones á otro vecino. Los hermanos del muerto vinieron indignados á pedirme justicia. El diputado del distrito me recomendó la causa... Yo, Señor, pasé entonces días de amarga zozobra. Si no complacía al cacique era posible que me trasladasen á otra provincia que tuviese que huir que dejar mi tierra, que venderla, que arrojarla á extrañas manos para no visitarla jamás.

Aquello no era posible, yo amaba más que á mis hijos á mi finca, á aquel breve paraíso en cuyos valles crecía el naranjo y en cuyas cumbres se alzaban pinos y chaparros.

No pude, pues, vencerme á mí mismo é hice una información parcial y amañada para lograr la impunidad del hijo del cacique.

Al fin, lo conseguí, y cuando los remordimientos se agolpaban en mi conciencia, me dirigía á la tierra de la Hondonada, y allí, á la benigna sombra de sus árboles, me sentía calmado, seguro, tranquilo, feliz. Después, me consagré yo mismo á la labor. Mi mayor ansia, mi único cuidado eran mis mulas, mis bueyes, mis criados, los segadores, las parvas, los abonos.

Es cierto, Señor, que me he dejado sobornar algunas veces; pero, cuando lo he hecho no he sido para mí directamente el producto de mi corrupción, sino para mi tierra, para mi hermosa tierra, para su abono, para su escarda, para su siega, para mis bueyes, para mis mulas, para mis criados. Yo, Señor, nada quería para mí, puesto que comía patatas, iba envuelto en un casacón mugriento y con los zapatos rotos; yo sentía la fiebre de la tierra y era víctima del amor de sus amores.

Calló el juez y el Señor respondió:

—Debes ir al purgatorio muchos años, no por amar á la tierra, por-

que los pecados de amor son sublimes, sino porque no la amaste dignamente, por no haber tenido tu pasión fuerza bastante para convertir tu vara de juez en la esteva del azador.

—Esa es mi falta, —respondió el juez y descendió llorando.

Cuando volvió á pasar, el vecino del pueblo, frente á la tumba de D. Natalio, en vez de lanzarle miradas de odio contempló aquella losa con lástima y piedad.

RAFAEL TORROMÉ



LOS GRANDES HOMBRES DEL SIGLO XIX

BYRON

Nació Jorge Natividad Gordon en Londres, el año 1788, de ilustre familia, pues descendía, por línea paterna, de los conquistadores normandes, y por parte de madre del rey Jorge I de Escocia. La vida disipadísima de su padre hizo que en sus más tiernos años hubiera de conocer las apreturas de la pobreza; todo el patrimonio había desaparecido, y para hacer más triste todavía la vida del niño, era éste algo cojo, aunque su rostro era hermoso como el de un ángel.

A los trece años salió, por fin, de Escocia, y fue enviado al colegio de Harrow, donde se pudo echar de ver desde luego su carácter apasionado y melancólico, en las amistades y los amores, notablemente precoces estos.

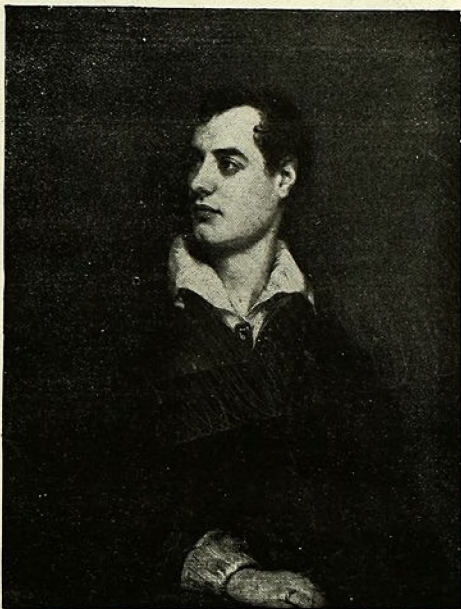
En 1805 se trasladó a la Universidad de Cambridge, donde acabó de acentuarse su afición a las excentricidades y su hondo escepticismo. Dos años después, ó sea á los diez y nueve de edad publicó sus primeros versos: *Horas de ocio*, que fueron asperamente criticados por la *Revista de Edimburgo*. No era Byron hombre para aguantar tales censuras y respondió con una violenta sátira que tituló: *Los Bardos ingleses y los críticos escoceses*.

Transcurrió el año 1809 cuando hizo su aparición en la Cámara de los Lores, después de lo cual emprendió un viaje, en plena guerra, á Portugal, España, Albania, Grecia, Asia Menor y Turquía, durante el cual compuso los dos primeros cantos de su poema autobiográfico *Las Peregrinaciones de Childe Harold*. En 1813 y 1814 dió á luz *El Giaur*, *La Novia de Abydos* y *El corsario Lara*, despertando la más feroz envidia de sus émulos.

En 1815 casóse con miss Milbank, en la que hubo una hija, pero el matrimonio distó mucho de resultar acertado, y al cabo de un año se separaron los conyuges en medio de la más terrible indignación de la alta sociedad inglesa. A dicho año pertenece la publicación de *El Sitio de Corinto* y *Parisina*. En 1816 hizo un viaje á los Países Bajos y cantó en sublimes estrofas la rota de Waterloo. Por entonces hubo de contraer íntima amistad con el expolisista, y aco, poeta Shelley, lo cual acabó de hacerle aborrecible para la *high life* británica que no quería oír hablar para nada de él, á pesar de que los editores le pagaban á Byron á guinea cada verso.

Su vida en Italia fué desordenadísima; sus ardientes pasiones encontraron en Milán, Roma, Ferrara y Venecia lugar apropiado en que desarrollarse, y de aquella época datan sus grandes poemas *Lamentaciones*, *Foscari*, *Ciclo y tierra*, *Beppo*, *Marino Faliero* y sobre todo su obra maestra *Don Juan*.


Cuando en 1820 secundaron los carbonarios de Nápoles la revolución iniciada aquí por Riego, Byron anduvo metido en el alzamiento. Fracasado el plan, retiróse Byron á un palacio de las cercanías de Génova, y desde allí se lanzó en auxilio de la insurrección de los griegos contra el turco; Byron demostró entonces todo lo que valía como hombre de consejo y de acción, y cuando todo hacía presagiar que conseguiría el triunfo, falleció de fiebres en Missolonghi, el 19 de abril de 1824.



BYRON EN 1814, retrato por Philip



SOBRESALTO, cuadro de Frank Dicksee



BURBUJAS

I

De todas las penas
son las más amargas,
aquellas que sienten en su triste hastío
los que tienen muerta para amar el alma.

II

Besos y suspiros
y risas y sueños
son como las flores, que brillan un día
y que arrastra marchitas el viento.

III

Dime: ¿porqué tiemblan
ante mí tus labios?
¿Los agita el placer del recuerdo,
ó los mueve el horror que te causo?

IV

A los que llorando
juran que han perdido la fe y la esperanza,
yo les ofrecía tu boca y tus ojos
á ver si creían, á ver si esperaban.

V

Yo sé que eres rica,
yo sé que eres buena,
yo bien considero que tu alma es hermosa...
pero, ¡ay, vida... de otro, tu cara es tan fea!

L. GIL DE ROMA



¡SI FUERA HONRADA!

Pilar era la moza más bella, más pobre y más desventurada del villorrio.

Era la más bella por su adorable rostro, armónico conjunto de líneas

suaves y graciosas; por sus labios frescos y rojos como la flor del granado bañada por el rocío de la mañana; por sus dientes menudos y apretados, limpios y brillantes como sarta de perlas; por sus mejillas cooradas como pétalos de rosa; por su frente despejada y serena como noche de estío; por la dulce mirada de sus ojos azules en cuyo fondo reverberaban pedazos de cielo; por su aire distinguido; por las graciosas ondulaciones de su cuerpo, cuyo talle podía sólo compararse á la esbelta palmera del desierto.

Era también la más pobre. Vivía fuera del pueblo, allá abajo, junto á la vía férrea, en una casilla de guarda-barrera, cuyo cargo ejercía su padre, el tío Juan, (a) el Manco, apodo que debía á la falta del brazo derecho, mutilado en Africa.

La modestísima retribución del tío Juan era insuficiente para atender á las necesidades más apremiantes de la vida, y Pilar trabajaba sin descanso en la huerta, en el monte, en el pueblo, donde quiera que fuese, para ayudar á su padre, al pobre manco.

De este modo había en aquel miserable albergue tres brazos para mantener tres bocas, una de las cuales, la de Pepote, era insaciable por lo mismo que pertenecía á un ser medio estúpido, sin conciencia de su deber, sin más aspiración, ni más deseos, que satisfacer su apetito y apagar el hambre sin fatigar el cuerpo, sin mover los brazos, sin preocuparse lo más mínimo de que vivía á expensas de un padre inútil y de una débil mujer dignos de mejor suerte.

Era, finalmente, la más desventurada, porque su corazón guardaba en su fondo un amor entrañable, una pasión inmensa, avasalladora, perdurable, sin que un rayo de esperanza viniera á alientarla, á sostenerla, á endulzar aquella existencia miserable, aquella vida llena de privaciones y de tristezas.

Grande era su hermosura y grande era su pobreza; pero era mil y mil veces mayor su desventura, ya que no había remedio para ella.

No lo había, no. Un hombre miserable, un ser malvado, una de esas criaturas infames que nada respetan y ante nada retroceden, cuando se trata de satisfacer sus apetitos, se había interpuesto en el camino de los amores de Pilar con el joven Miguel, hijo único y amatísimo del tío Pedro, juez de paz del villorrio.

Miguel correspondía con toda la fuerza de su alma al amor que había inspirado en el corazón de aquella pobre joven.

Hubo un tiempo en que ambos dijéronse sus amores, confiáronse sus penas, compartieron sus alegrías y se juraron un cariño mutuo y eterno.

Pero el tío Eugenio, el señor del pueblo, el amo de todos y de todo, se prendó de la moza y quiso conseguirla á todo trance, sin reparar en los medios, á cualquier precio.

Resistir á tales pretensiones, sublevarse contra aquella pasión infame, despreciar los inicuos deseos de quien todo lo podía en la comarca, era una temeridad, era exponerse á ser arrollada y reducida á

polvero con todos los suyos; pero Pilar no vaciló ni un momento, no dudó ni un instante, é irguiéndose digna y serena sobre el pedestal de su pobreza, resistió primero, sublevóse después y despreció por último, con la entereza de la virgen ultrajada, con la virilidad de la mujer que ama y se dispone al sacrificio en defensa de su honra, de su amor mismo.

La cólera del tío Eugenio fué terrible. Loco de rabia y de deseos; herido en su amor propio; humillado en su vanidad, en su orgullo, en su poder omnipotente, decretó en su fuero interno la perdición de aquella joven, su descrédito, su deshonra, en fin, para que todos la escarnecieran y la abandonara su amante, dejándola á merced suya, de sus deseos y de sus apetitos.

Pasó algún tiempo y aquel ser infame vió consumada su obra. Pilar fué escarnecida por todos, su descrédito fué un hecho, su deshonra segura, su perdición completa.

En vano luchó con denuedo y combatió con furia, con desesperación y con rabia la desventurada joven. Sus protestas fueron rechazadas, sus gritos fueron desoídos, sus lágrimas movieron á risa. El pueblo entero la condenó sin oír la y sin apelación.

—¡Cuando el tío Eugenio lo asegura, es inútil negarlo!

—Si protesta, es porque no puede hacer otra cosa!

—¡Sus gritos no convencerán á nadie!

—¡Esas lágrimas son hijas del remordimiento!

—¡Es que aún le queda un resto de vergüenza!

—¡Y el pobre Miguel que la quería tanto!

—La muy...

Así se expresaban todos, especialmente las mujeres, cuya envidia se desbordaba imponente y avasalladora arrollando á su paso el honor y la honra de aquella desventurada criatura víctima del odio de un miserable.

Miguel, sin embargo, no podía entrar, no entró jamás en aquel coro infamante de todo un pueblo; pero la duda se apoderó de su alma y penetró en su corazón, sin que los ruegos y los juramentos de la mujer amada pudieran arrancarla y desvanecerla.

Contra las protestas de Pilar estaba el aserto de todo un pueblo; contra los juramentos de la pobre joven estaban las afirmaciones, por nadie desmentidas, del tío Eugenio, de aquel hombre venerado como á Dios, creído como á oráculo, obedecido como á ser sobrenatural y fuerte.

—Desengáñate Miguel,—decía una noche en el casino el tío Eugenio, rodeado de su corte de adúladores, tan serviles como temerosos —Esa chica no puede ser ya de ningún hombre que se estime en algo. Yo lo afirmo.

Miguel no esperó más. Su suerte estaba echada.

Abandonó súbitamente el casino y corrió á la pobre casucha del guarda-barrera llevando la desesperación en el alma.

La afirmación del tío Eugenio no admitía duda. Para rebatirla fueron inútiles las palabras de Pilar y del tío Juan, y Miguel abandonó aquel albergue, murmurando entre sollozos al transponer los umbrales:

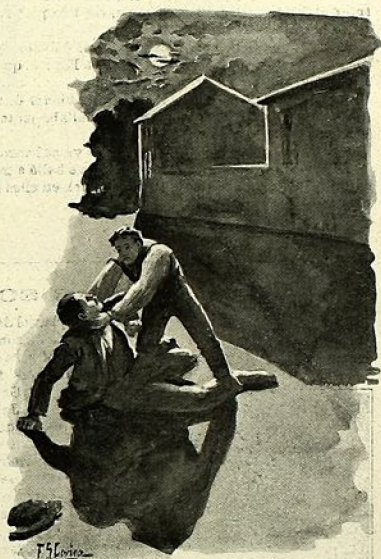
—¡Si fuera honrada!

—Lo soy, Miguel,—gritó medio loca la desventurada joven.—Lo soy bastante por ser tu esposa; pero no tengo quien me defienda contra ese monstruo que el infierno arrojó en nuestro camino.

—¡Desdichada hija mía!—sollozó el pobre inválido estrechándola fuertemente con el brazo que respetaron las balas africanas.

En un rincón de la estancia se hallaba Pepote, el haragán medio imbécil, el grandullón estúpido. Oyó aquellos gritos; vió aquellas lágrimas y alzó la cabeza.

Sus pálidas mejillas enrojecieron, por primera vez en su vida; sus ojos mortecinos, sin expresión, sin vida, se abrieron desmesuradamente, y en sus pupilas brilló un destello de inteligencia.



Quedo, muy quedo, púsose en pie, crispó los puños, y contrayendo los labios con mueca horrible, murmuró con reconcentrado acento:

—¡Si fuera honrada!

Y con paso seguro y silencioso, sin ser advertido por aquellos que lloraban su infortunio, atravesó la estancia y llegó a la puerta que traspuso después de contemplar a su padre y a su hermana, con mirada dulce y cariñosa.

Una hora después salía el tío Eugenio del casino, y apenas se halló en la calle, un hombre se arrojó sobre él con impetu de fiera, y sin darle tiempo para defenderse, se agarró a su cuello y apretó con rabia hasta dejarle sin vida.

El rumor de la lucha; el ronco estertor del moribundo llegaron hasta el casino; pero antes que nadie pudiera moverse, se vieron entrar a Pepote, que, pálido, demudado, jadeante, llegó frente al tío Pedro y gritó con voz agitada y ronca:

—Señor juez: acabo de matar al calumniador de mi hermana.

Y volviéndose hacia Miguel, que se hallaba junto a su padre, le miró fijamente, y dulcificando su voz, exclamó:

—Ya puedes casarte con ella, porque ya es honrada.

Dicho esto, dejóse caer en una silla que halló a mano: cruzóse de brazos y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, ya no brillaba en ellos aquel destello de inteligencia. Volvía a ser Pepote el imbécil.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

PROFESORAS SOBRESALIENTES

Del Conservatorio del Liceo, verdadero plantel de eminentes artistas, acaba de salir, terminada su brillantísima carrera, con el honroso diploma de sobresaliente, otorgado por unanimidad por el severo jurado que preside los exámenes, la joven profesora de piano señorita D.^a Julia Sicard y Seguí, alumna que fué de los reputados maestros D. Francisco de P. Gavanyach y D. Vicente Costa Nogueras.

Julia Sicard, que es natural de Valls, ciudad en donde se siente el arte, apenas cuenta diez y siete años y ha terminado en muy pocos, obteniendo siempre los primeros premios y la gran medalla de plata con corona de oro, los cursos que se requieren para alcanzar el título de profesora, que es sabido que allí no se otorga sino a quienes demuestran que después de haber aprendido con aprovechamiento pueden ser capaces de enseñar.

De arrogante y esbelta figura, dotada de singular belleza, modestísima dentro de su valía, la joven profesora es ya una verdadera artista, pues al teclear el piano, su corazón transmite a la punta de los dedos el entusiasmo, el sentimiento y la pasión que advina en las notas del pentágono.

Cuanto la oyeron tocar de memoria en los recientes exámenes difficilísimas composiciones de los grandes maestros, quedaron sorprendidos de las grandes facultades que reveló para el arte a que se dedica, tributándole entusiastas plácemes y aplausos, haciendo coro de este modo a la justicia con que procedió el jurado otorgándole el único diploma de profesora de piano que este año ha adjudicado.

Según noticias, Julia Sicard demostrará en breve lo mucho que vale dando un concierto en una de las principales sociedades de esta capital.

—Mucho hay que felicitarse de que en España vayan dándose a conocer tantas eminencias artísticas, pues no son en escaso número las personalidades brillantísimas que alcanzan justa fama, no sólo aquí sino en los más exigentes centros del extranjero. El Conservatorio del Liceo es, sin duda, una de las instituciones que más contribuyen a la cultura del país, y de ahí la justicia de su reputación, hecho tanto más de celebrar en cuanto no se trata de ninguna escuela oficial, con cargo al presupuesto, sino de una fundación particular, cuya gloriosa historia promete no interrumpirse.



SEÑORITA JULIA SICARD



Fatalismo

Y Merengullo, en un arranque de fraternal entusiasmo, cogió al felino y se puso a cantar:

¡Ay, que fino,
el pelito que tiene el minino!
¡Ay, morrongo,
que contento si aquí me lo pongo!

—¡Cursi!—dijo entrando la Petra.—Eso ya no se canta; ahora el descuaje de las canciones es

«Montero tiene una gaita
regalo de Vega Armijo...»

—¡Petra!—gritó furioso Procopio.—No te metas con el marqués; gracias a su influencia me han dado un ascenso en el ministerio y puedo sacudir el yugo de las patronas uniéndome al dulcísimo ángel de mis amores, a mi adorada Pancracia.

—Está bien, D. Procopio, le dejaré a usted.

—No, te dejaré yo, que me voy a la oficina.

—¿A la oficina?

—¡Natural!

—¡Si hoy es día 13!

—¡Día 13!—repitió con angustia.—¡Pues, no salgo! Procopio tenía la costumbre de no salir a la calle en esos fatales días.

Era supersticioso en extremo.

—¡Caramba, las nueve!—murmuró Procopio Merengullo desperdizándose y tirándose de la cama al suelo.—Hoy me arman bronca en la oficina.

Después, mientras buscaba las babuchas, gritó:

—¡Petra! ¡Petraaa!

—¿Qué quít usted, señorito?—respondió entrando la maritornes.

—¡El chocolate, mujer! ¡Todo se te olvida; hasta la hora de llamarme!

—¡También usted se olvida de vestirse pa que pueda yo entrar en su cuarto!

—¡Atiza! ¡Querrás tú que salga del lecho en traje de etiqueta!

—No digamos tanto, pero con decencia, sí.

—Mira, trae el desayuno y déjate de discusiones porque estás confundiendo esta casa de huéspedes con el Palacio Real.

—Bueno, por mí dejadas quedan. ¿Con que traigo el chocolate?

—Con guisantes.

La sirvienta salió. A cualquiera otra, el deseo de Procopio le hubiese parecido una rareza, pero en aquella casa estaban acostumbrados a sus extravagancias.

Realmente no le gustaba a Merengullo tomar el chocolate con guisantes; él se tomaba el «soconusco», y la legumbre el gato *Pichili*, su más fiel compañero en la casa.

Regresó la criada, y Merengullo y *Pichili* comenzaron a desayunarse juntos.

Muy abstraídos debían estar los dos, porque, sin darse cuenta, Procopio ató la servilleta al gato, que metía el hocico en la taza, en tanto que Merengullo mojaba los bizcochos en el plato de *Pichili*.

Terminado el almuerzo, Procopio se dio cuenta de que seguía en paños menores.

Se vistió para acudir a la oficina mientras *Pichili* se relamía en un rincón.

—¡Ay, *Pichili*, *Pichili*!—murmuraba Procopio andándose la corbata.—Mañana me caso, y lo único que siento es no poder llevarte conmigo. No obstante, yo no te olvidaré nunca, y en prueba de mi sincero afecto te daré en Fornos el banquete de despedida, como hacen los bohemios con sus mejores amigos al abandonar la vida de soltero. ¡Ay, *Pichili*, *Pichili*!



—¡Día 13!—murmuraba.—Ya saben mi costumbre en la oficina; no quiero interrumpirla... podría ocurrirme algo desagradable en vísperas de boda.

Se sentó a la mesa, tomó la pluma y se puso a echar cuentas sobre los gastos que había de hacer al siguiente día.

—¡Cuarenta pesetas! ¡Que atrocidad!—gritó dando en la mesa un puñetazo.

Cayó el tintero y se derramó la tinta.
—¡Horror!— exclamó poniendo la cara más compungida y cómica del mundo.—¡Petra, Petraaa!

La maritornes entró precipitadamente llevando en las manos un salero.

—¿Qué le pasa á usted, D. Procopio?

—¡Un trapo! ¡Que he tirado la tinta! ¡Pronto!

Y empujó á Petra para que obedeciese en el acto. La sirvienta tropezó en una silla y cayó al suelo vertiéndose la sal.

—¡La sal!— gimió Merenguillo mesándose los cabellos.

Y en uno de sus movimientos de angustia dió con sus manos en una lámpara de aceite que, al chocar en el pavimento, se rompió en pedazos.

—¡El aceite!—gritó Petra á su vez.

—¡Sombra horrible! ¡Mala sombra!—gruñó Merenguillo, que instintivamente cogió el sombrero y salió corriendo á la calle. Cuando llegó al portal, notó con grande sorpresa que *Pichili* iba agarrado con las uñas al faldón de su americana.

Aquel acto de adhesión conmovió á Procopio. Cogió al mínimo en sus manos y después de besarle fraternalmente se lo metió en un bolsillo.

Se fué á Fornos, tomó asiento en una mesa y pidió una copa de Jerez y una ración de merluza y otra de riñones para *Pichili*, que causó las delicias de la concurrencia.

Cuando llegó el momento de pagar se fijó en que el camarero que le había servido era tuerto.

Procopio salió huyendo como alma que lleva el diablo, pero entre dos guardias del Orden y el camarero le dieron alcance, yendo á pasar la noche en la Prevención, donde tuvo el consuelo de gozar la dulce compañía de *Pichili*.

Amaneció el nuevo día y fué puesto en libertad.

—¡Gracias á Dios que ha pasado el día 13!—decía corriendo á casa de su novia. Le esperaban

llegando á suponer hasta que se había fugado por no acudir al sacrificio.

Procopio se indignó mucho cuando supo



que Panracia dudó de sus buenas intenciones.

—¡Ah, felona mía!—la dijo.—¡Dudar tú de mí!

La comitiva fué á la iglesia; *Pichili* era conducido por la novia que lo llevaba sujeto de un cordón de seda.

Al entrar en la sacristía tuvieron una bronca con el teniente de la parroquia, por oponerse á la entrada del gatto.

—¡Aquí no pueden pasar los animales!—decía el cura.

—Ya ha pasado mi negro!—contestó Procopio,—y no hay razón para impedir la entrada á los demás.

Por evitar un escándalo transigió el cura y comenzó la ceremonia.

Llegado el momento en que el sacerdote preguntó á Merenguillo: «¿Queréis por esposa á doña Panracia Berruguilla y Pérez Berruguete?»

Procopio levantó los ojos del suelo, fué á contestar, pero se quedó mudo de espanto, con la vista fija en la pared.

El cura tuvo que repetir la pregunta y el sacristán, con el mango del hisopo, le dió dos golpes en la barriga á Merenguillo. Este salió de su estupor y gritó energicamente: —¡No, no me caso!

—¡La que se armó entonces!

Los padres de la novia, los padrinos, los invitados, los monaguillos que esperaban propina, todos, empezaron á golpes con el infortunado Merenguillo.

Y el pobre tenía razón.

Al clavar su vista en la pared había leído:

Y ya dice el refrán: «Los martes ni te cases ni te embarques».

CHISMOSILLO



allí los padrinos é invitados, que le estuvieron buscando inútilmente, y al enterarse de que no había dormido en su casa forjéronse mil hipótesis,

Con el
los señores el cu
album J

Sidon
Zola.

La pi
Bernard.

El ama
liano Sch

La vol
Emilio Z

El fin a
Alexis.

Santia
Zola.

La res
lio Zola.

El secr
de L'Isle

Sin tra
Los su

(ilustrad
El ma
rico Sou

La ino
por Carle

Para p
nstración
za de Ter

Cor
del d
está a
de ca

Hemos
tel anu

tencia,
perida d

grell. Es
en su g

la vez, r
lentemen

bteciem
Pablo.

La Com
to, por o

una inter
postales e

ducidos to
dores de

desde su i
el corrien

altamente
aparece o

progresiv
del Turia

cia que ha
mosas fer

RESERVA

JUNIO

14

MARTES

PEPITORIA

AFÉRESIS CHARADÍSTICA

- 1.^a 2.^a 3.^a 4.^a Aplicación de voluntad y contrariedad de apellidos.
 2.^a 3.^a 4.^a Planta de la familia de las borragináceas.
 3.^a 4.^a Espacio de tiempo.
 4.^a Letra dominical.

NOVEJARQUE

SATÍRICOS

I

No te embarques caro amigo
 en fragil embarcación,
 ni te cases con mujer
 de la misma condición.

II

Si los besos que te he dado
 fueran espinas punzantes,
 no tendrías en la vida
 tan placenteros instantes.

III

No creas que estoy sufriendo
 por que me veas así,
 si estoy con la vista baja,
 es por no mirarte á ti.

IV

A trece damas amé,
 y las trece me dejaron,
 ¡y luego dicen que es
 el trece número malo!

V

Es tu cariño morena
 cual pila de agua bendita,
 nadie pone en ella nada
 pero todo el mundo quita.

ANGEL MACÍAS

La magnesia fluorescente
 granular de San-Imol
 es la xanite excelente
 aquí y en Sebastopol.

SOLUCION

1 los pasatiempos del número anterior

Carrete geográfico logro grifiro

CARRETE

1 2 3 4 5 6 7

CARRETE

CESTA

TER

ETA

ARA

CEA

AAR

ATECA

CARRARA

Charada.—

MO-NO-MA-NI-A

Tarjeta.— Agua, azucarillos y aguardiente.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. V. P.—Madrid.—Procuraré hacer todo
 cuanto pueda para complacerte.
 A. B.—Los versos del soneto son muy duros.
 A. M.—Arévalo.—Buenos brochazos.
 R. G. P. C.—Sevilla.—El ritmo de sus versos
 no es poético; es decir que algunos versos no
 son tales versos, por ejemplo:

y apenas la luz primera en mi pecho,
 que al hacer brilló tan solo un momento
 quebró su tallo y en breve marchitose
 su belleza; mi lamento ofendido.
 Etc., etc.

L. M.—Alcoy.—Creo que debiera usted re-
 nunciar á la poesía, pues por la muestra no le
 llaman á usted los celos por ese camino.

I. F.—Yecela.—Si la poesía que dice usted le
 premiarán era como la que he enviado, los
 jurados debían estar durmiendo, ó no sabían
 lo que se buscaban.

R. J.—Cádiz.—El cuento que me ha enviado
 lo lei hace años en *El Diario* de esa ciudad,
 pero con otra firma.

Con el presente número recibirán
 los señores suscriptores y comprados
 el cuaderno 82.º de regalo del
 album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio
 Zola.

La piel de león, por Carlos de
 Bernard.

El amor de una muerta, por Aure-
 liano Scholl.

La voluntad de una muerta, por
 Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Pani
 Alexis.

Santiago Damour, por Emilio
 Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emi-
 lio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers
 de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un hisar
 (ilustrado), por Paul de Molenes.

El maestro de escuela, por Fede-
 rico Soulié.

La inocencia de un vresidario,
 por Carlos de Bernard.

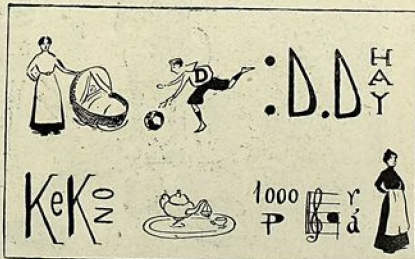
Para pedidos dirigirse á la Admi-
 nistración de estas Bibliotecas, Pla-
 za de Tetuán, 50, Barcelona.

Con el grato calicidia
 del doctor Ladivonsim.
 está seguro cualquiera
 de callos no más sufrir.

Hemos recibido el magnífico car-
 tel anunciador de las ferias de Va-
 lencia, debido á la inspiración y
 pericia del genial artista Sr. Mon-
 grell. Es un ejemplar notabilísimo
 en su género, popular y sugestivo á
 la vez, ricamente colorido y exce-
 lentemente litografiado en el es-
 tablecimiento de las Hijas de San
 Pablo.

La Comisión de festejos ha pue-
 sto, por otra parte, en circulación
 una interesante serie de tarjetas
 postales en las que aparecen repro-
 ducidos todos los carteles anuncia-
 dores de las Ferias de Valencia,
 desde su inauguración en 1871 hasta
 el corriente año. Es una colección
 altamente instructiva en la que
 aparece de manifiesto el espíritu
 progresivo de la hermosa ciudad
 del Turia y la creciente importan-
 cia que han ido revistiendo las fa-
 mosas ferias de San Jaime.

UN HERMOSO PENSAMIENTO por Novejarque



Las soluciones en el próximo número

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBÉRICA". PLAZA DE TETUÁN, 50-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

EJERCITO BRITANICO INSULAR



INFANTERÍA: CABO DE HIGHLANDERS (TRAJE DE DIARIO)